

Dirige tus sueños

Flor Irene Santos Rivera



Capítulo 1

Daniel está soñando. Se dirige en un cohete hacia la Luna. Poco a poco el satélite se va haciendo enorme ante sus ojos. Experimenta un poco de temor al ver de cerca los cráteres; pero más que temer, quiere sentirse emocionado. Además, sabe que en esos momentos su novia Alicia está contemplando la Luna, tratando de verlo llegar ahí.

Daniel aluniza y baja de la nave. Contempla la Tierra y mueve la mano como mandándole un saludo a su novia, imaginándosela en la ventana de su casa. Después, camina por la superficie de la Luna, pero de pronto siente estar flotando en el aire. Él sabe que la fuerza de gravedad del satélite le da poco peso.

Al principio, divirtiéndose como un niño, da enormes saltos mientras explora el satélite, pero luego siente elevarse demasiado. Se aleja mucho del suelo selenita, y por más esfuerzos que hace no puede regresar a él. Flota en el espacio y se aleja cada vez más y más, perdiéndose en el infinito.

Daniel despierta asustado. Enciende la luz y comprueba que se encuentra en la cama, dentro de su habitación. Sonríe y se acuesta de nuevo, apagando la luz. El firmamento está oscuro todavía y mira la Luna a través de la ventana.

Poco tiempo después está nuevamente flotando en el espacio. "Sé que estoy soñando -piensa- pero que extraño se siente flotar. Estoy muy cerca de las estrellas, parece que las puedo tocar".

En los sueños todo es posible, extiende sus manos y... ¡puede tomar una de ellas! Es una estrella pequeña. No la siente, pero puede contemplar su luz. "Me la llevaré a la Tierra. La pondré en mi recámara. Será una lámpara de noche y en el día la cubriré...no, mejor se la regalaré a Alicia...no, se la daré a mi madre. No, no ¿Qué se puede hacer con una estrella?".

Daniel se dio cuenta que podía regresar a la Luna simplemente dirigiéndose hacia allá por voluntad. Alunizó de nuevo. Alicia vio a la Luna hacerse más brillante, un resplandor más vivo la rodeó. Daniel se dirigió a su nave para volver a la Tierra, pero dejó la estrella sobre la superficie selenita. El fulgor del satélite se hizo tan brillante que parecía un segundo sol.

El joven ya estaba de nuevo en su recámara, no sabía si seguía soñando o ya había despertado. El Sol, celoso de la brillantez de la Luna, se apresuró

a hacer de nuevo su aparición. Entró a través de la ventana de Daniel iluminando su recámara con la luz de un nuevo día.